

Ora et labora

Santiago REDONDO VEGA

PRIMER ACCÉSIT

Dice el Profeta: *"Ora et labora, hermano, siete veces al día te alabe"*. Y nosotros observaremos estos sagrados preceptos y cumpliremos su número septenario con los oficios de nuestro ministerio en *Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas*.

Cerró el manoseado libro de Regla de la Orden de San Benito y lo depositó con mimo en la madrugada del ventanuco del cuarto. La luna interrumpió su introspección ascética y convulsa. Allí, de pie frente a sí mismo, le reveló tan débilmente humano en su mundo divino, que no pudo por menos que ajustarse un ojal más de su cilicio. Un abad, un benedictino, un hombre siquiera con dudas de conciencia, no le sirve ni a Dios ni a los hermanos. Y de, de un tiempo acá, las tenía todas consigo.

Guillermo, cuarentón, moreno, enjuto, espigado, hombre de Dios, interpretaba siempre en clave mística su percepción del mundo. Ser el primer abad no francés del Monasterio de Santa María de Valbuena, desde que veintitantos años atrás Estefanía de Armengol, nieta del Conde Ansúrez, lo fundara junto al Duero, no consolaba su atormentado interior. Sus hermanos en el cister de la Abadía francesa de Berdona, de quien dependía Valbuena como congregación benedictina, le habían promovido a la majestad del cargo, con la anuencia de sus hermanos de monasterio. Y eso para él era una responsabilidad, pero también un orgullo. Y el orgullo es pecado de soberbia y su espalda, sumisa, acató muda la penitencia del látigo. El camastro le amansó el cuerpo, aunque ni por asomo le reconfortó el alma. Trató de dormir, sin conseguirlo.

Comenzaba a inmiscuirse el alba en el humo de la chimenea del monasterio, cuando el abada Guillermo traspasó el portón del patio, a lomos de una acémila desvencijada y triste, camino del molino de San Bernardo, hasta la aceña de los Moro; para supervisar con Feliciano, el converso, los pormenores de la cuota de trigo de la última molienda; dos celemines por fanega.

Rumiando las diatribas de su infierno interior y un tanto amodorrado en le solaz de la mañana y en el rumor del cauce de aquel hijo pródigo del Duero, avistó presto el molino. Feliciano le salió al encuentro. Últimamente el abad le visitaba con cualquier excusa. Más que menos, desde que su lustrosa sobrina Arminda, huérfana de Petra, su difunta hermana que en gloria esté, llegara con su hermosura y su brío para echarle una mano en las faenas del molino. Pero a Feliciano, hombre de bien, temeroso de Dios y de su santo abad, ni por asomo se le ocurriría pensar que tan preeminente siervo del Creador se dejara tentar por húmedas pasiones, tan propicias para el resto de mortales. Incluso cuando el abad se empeñaba en meter su nariz en las mismísimas tripas del molino para comprobar la escasa eficacia ya de aquella vieja muela, que Feliciano le venía pidiendo sustituir por otra nueva de Mingorría, llegaba a dudar un ápice de su abad Guillermo; a pesar de la poca gracia que le hiciera su insistencia en que fuese Arminda y no él, quien saciara de grano la garganta inane de aquella vieja y desdentada piedra; lo que obligaba a Arminda a inclinarse sobremanera para

abocar el caso de trigo en el embudo de la muela y exponer a humanos y divinos, descamisada y nívea, aquel generosísimo preludio de abundancia.

Rechazó, muy a su pesar, la invitación a la mesa que le hizo Feliciano y se conformó con el beso en el anillo que de sus carnosos labios le depositó Arminda, lozana, sudorosa y tenue. Un rebojo de pan duro y un trago en la fuente del Tejo solventaron, de regreso al monasterio, su apremio gástrico.

El abad tampoco cenó esa noche. Cilicio y látigo eran su único alimento diario por pecador y por hombre. no entendía por qué, El Altísimo, no apartaba de él aquella tentación libídine. Si Dios le quería como hijo por qué tanto interés en vestirle de hombre, de inmundo hombre. ¿Había dejado de amarle Dios? ¿Tenían fundamentos sus dudas de conciencia? ¿Era profunda y sincera su vocación de servicio al Cielo, puesta en duda por la llamada de la carne? Pareciera que el demonio se hubiera aposentado en él, y le decomisara cuerpo y alma, sin la menor compasión.

El primer sol y la última luna le veían pasearse, más demacrado y más triste cada día, por los silencios del claustro. El prior no pudo por menos y una mañana se atrevió a inquirirle, alarmado por su salud, por su extrema delgadez, por su aflicción galopante. El abad se volvió apenas, pero no tuvo tiempo de articular palabra: tornó los ojos en blanco y se derrumbó, sin más, bajo su hábito.

Postrado en el camastro asumía impávido Guillermo las pócimas de retorta y alambique de Simplicio, del hermano boticario. Y, una a una, las retornaba al mundo por los mismo orificios por los que le fueran administradas, pero con mucha más premura y virulencia. Y así, iban ya para cinco días. El boticario estaba desorientado e inerme. El prior, asustado, le llamaba aparte para preguntarle por el extraño mal de aquel abad, que empezaba a estar más con Dios que con el mundo. Y convinieron que, antes de asumir una posesión diabólica, hubieran de intentar cualquier remedio de cristianos, fuera el que fuese, ¡¡fuera el que fuese!!

Agotados boticas, implantes, brebajes y mejunjes conocidos y luego de pensar y pensar, y más pensar, recordó Simplicio, experimentado y vivido, un apaño que su madre le administrara de pequeño, allá en su natal Berdona, no por mal comedor sino por pobre hambriento, poco antes de que hubiera de ponerlo al servicio de los monjes de Cluny, para aparcar allí su estómago y restarle, siquiera una boca, al hambre secular de su familia. De las sisas a los viñedos del priorato se le arrimaba, de vez en vez, hasta la esquilmada alacena familiar, algún pellejo de vino y alguna que otra hogaza de pan sin dueño. Y así, de pan y vino, les fue mitigando la infancia su santa madre. Si a ellos les sujetó a la vida, ¿qué mal podría hacerle a un moribundo?

Dicho y hecho. Mando traer Simplicio un cántaro de vino de las cubas del mejor tempranillo que dormitara en las bodegas del Monasterio y, empapando el pan en abundante néctar ribereño, depositó en la boca del abad el árnica piadosa. Admitió el enfermo el moje, y en vista del éxito insistió el boticario en aquello, e insistió, e insistió. Y el abad rebulló, y reguiló y pidió prórroga. Y, animado, el alquimista no le escatimó gusto ni prenda. Y como se le terminara el pan a mano continuó saldando, con vino únicamente, la deuda del abad con este mundo y casi con el otro. Tanto, que comenzaron a desfilarle por el sopor de la mente visiones celestiales y contrapuntos paganos.

Tras un prefacio de Sancta Santorum tan piadoso como breve, se vio el abad de pronto en medio de un vergel de azul ingrávido, deambulando parsimonioso y núbil, gozando como un recién nacido de la sensual desnudez de todos sus martirios. Exquisitos majares se descolgaban del cielo, querubenes danzarinas amenizaban su paso, novicios y doncellas divertían su instinto hasta que, de

pronto, le sobrevoló la bella Arminda transportándolo por la opulencia de su miel y de sus anhelados encantos. Y él, solícito, siempre fiel a su Libro de Regla, trató de complacerla en Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas, entre un eco de liras y pastoriles versos, sin reparar en tiempo y medida. Y tras de un primer choque emocional y pío, tratando digerir aquella exageración pecaminosa, fue persuadiéndose el abad de que no era tan malo sentirse ser humano y liberarse de pleno de grilletes y tabúes, a espaldas de su rigidizada voluntad deforme. Poder pecar a un tiempo de gula, de avaricia, de pereza, de ira, de envidia, de soberbia y de lujuria. ¿Qué gozo de blasfemia!

Días más tarde, despejado de fiebres y de étlicos efluvios, alimentado el cuerpo y ya sereno, aplacado el rubor y la vergüenza onírica, dudó si confesar aquel sueño secreto. Y pensó que era mejor callarlo, pues vino a convenir que fuera Dios quien hubiera querido demostrarle en propia piel que en el vino —sangre de Cristo, al fin y al cabo— descansaba la verdad de la conciencia, de la humana y de la divina. Porque le permitía al hombre entrar en su interior y traspasar los resquicios de la propia mente para entenderse, por fin, con su alma de humano sin tener que llegar a pecar de facto.

Y a partir de entonces, además del tradicional "Ora el labora", se acostumbró a decir como certeza entre los monjes de Santa María de Valbuena, "In vino veritas" hermano, "In vino veritas" según conviniera sabiamente su recordado abad Guillermo, trasladado en el año del Señor de 1175, a poco de aquel suceso al monasterio de Santa María de Bonaval, en un valle cedido a la orden benedictina por Alfonso VIII de Castilla para repoblar el entorno fronterizo y servir de barrera ante una ya improbable invasión musulmana.

Aún resuenan por Valbuena los ecos del silencio del abad Guillermo, entre las madrugadas de luna y rezo. Tanto como desbarba la imponente piedra nueva del molino de Feliciano, el moro converso, traída de Mingorría, a escondidas del abad, por expreso encargo del hermano boticario, y como corretea por los alrededores de su aceña, un mozalbete moreno, sobrio, enjuto, espigado hijo de Dios y de su madre Arminda, y ahijado, por más señas, del propio Monasterio.

El agua para las ranas

Jorge SAIZ MINGO

SEGUNDO ACCÉSIT

El Ninchi masticaba el vino. Lo masticaba como se mastica el tocino y el pan de centeno, como se masca una manzana silvestre cogida de un maíllo, como se mordisquea la vida cuando se tienen auténticas ganas de beber. Ensalivaba el líquido y y lo tragaba con fruición de golosina, el paladar endomingado, el carácter de su hombría ensamblado con la inclemencia del monte. Luego amusgaba los ojos y empotraba la mirada en el infinito de una loma lejana, un dúo de corzos travesando en pos de pastos apetitosos, un águila perdicera atenta a los descuidos de las polladas. Hablaba poco. Prefería que el vino serpenteara y esparciera un efluvio de ilusiones por el laberinto del aire. Su cara enrojecía asemejada al sol de brasas del atardecer y entonces erguía la barbilla hacia el territorio cómplice de las cimas de la sierra. En cuanto podía empinaba la bota de nuevo y permitía que el chorro le rociara el caballete de la nariz antes de despeñarse por la oquedad sin fondo de su garganta. En ese instante supremo de placer las horas se envalentonaban y el cielo se ensanchaba estupefacto. Después colocaba el tesoro de cuero a la sombra de su propio cuerpo, el tapabocas arrollado alrededor de su cuello de emperador romano, la anguarina amano por si al relente de la noche precisaba de un cobijo cálido.

Ven chaval, echa un trago, y su ofrenda encendía un candor tosco entre él y el zagal, los secretos de la moheda compartidos al alimón, las huellas del zorro calcadas en las retinas cursadas del Ninchi.

El Ninchi, al socaire de un vaso de vino ajustaba su trabajo de pastor el once de junio, festividad de San Bernabé, y trescientos sesenta y tantos días se desplegaban por la falda de la montaña hasta la terminación del trato. Sólo libraba una vez al año, el ímpetu compacto, la honestidad por encima de cualquier reniego. El hierro de su sabiduría se soldaba a un rebaño de doscientas ovejas ajenas, la primavera apaciguada con el sonsonete del arroyo Canalejas, tres mastines baquianos en torno a las púas de los endrinos. El Ninchi desayunaba con vino. Los recovecos de su biografía se peleaban con los refranes y juntos revoloteaban por encima de los trigales como calandrias de gorjeo estridente, bebe que la vida es breve. Su mandíbula se movía con un vaivén de máquina perfecta, las pestañas curtidas por el granizo, las uñas con mugre arraigada. Cortaba el pan con una navaja de cachas pulidas, las lonchas simétricas, la miga tierna más de una semana. Al final, a la vieja usanza, lo untaba en el vino. Para no desperdiciar ni una sola gota, lo escanciaba sobre el plato de peltre y luego deslizaba el rebojo por el blancor de la circunferencia teñido de repente de grana. Mientras lo hacía se extasiaba con una sonrisa de buhonero. Los dientes, prácticamente una fila de bastiones derruidos, surgían entonces y exhibían a los matojos la fealdad de sus caries podridas, la halitosis macerada en lustros de fermentación, los mirlos en las zarzadoras pendientes de la destreza de sus pedradas.

Ya hemos vuelto, patrón, y al regresar del campo el Ninchi charlaba con el propietario del ganado, un apretón férreo de nudillos sarmentosos, la cordialidad regada con un chato en la taberna

del pueblo.

El Ninchi conocía las marcas de cada oveja por instinto y cada anochecer se aseguraba de que todas, tranquilas, intactas, penetraran en el amparo del pajar. Después el pastor y el zagal, a pocos pasos de los rumiantes, dormían en un jergón con derecho a cena caliente y, por supuesto, a una jarra de vino. El Ninchi jamás lo olía. Comentaba con sorna de sabueso experto que el vino se agriaba si quien lo iba a beber acercaba mucho la nariz a su reflejo encarnado. Argüía que se lo había dicho su abuelo, palabra de santo, y enseguida se santiguaba con devoción por el bienestar del alma errante de su antepasado. El Ninchi solo regalaba un buche al muchacho de vez en cuando. No era un acto de egoísmo sino de cordura porque no quería que el muchacho, de apenas quince años, se acostumbrar al bebercio desde edad tan temprana. Huérfano de padre y madre, el Ninchi trataba de inculcarle el amor a los racimos amarillos de las retamas, a la ingenuidad indescriptible de los petirrojos, a la osadía de la garduña contra la alambrada de los gallineros. El chaval le respondía con sumo respeto, sin malicia, interesado en aprender la picaresca de sus artimañas para esquivar al lobo, espantar el frío de las noches gélidas o aliviar el padecimiento de un cordero cojo. La sobriedad de las cenas se desarrollaba con un sosiego casi sagrado. Solo el gruñido de los puercos en la pocilga contigua rompía la mudez del hechizo, los cárbos al rececho, los musgaños con los bigotes alertas ante la voracidad rapaz. Eructaban al unísono, con la libertad encariñada por la pez de la bota, el vino exultante en la boca del Ninchi, una fragua de saberes atávicos en su zurrón de anécdotas. Al cago, tumbados entre el concierto de las pacas, conciliaban el sueño de los justos con un eco de moralejas.

Ya debo tener sesenta inviernos, y la edad caracoleaba por las sendas abarrotados de cagarrutas, la emoción acunada en el regazo de la luna llena, el mes de julio tan vivo como los pétalos de las amapolas.

Un atardecer a mediados de agosto llegaron al pueblo con demora porque los animales habían remoloneado más de la cuenta al bajar por una llambria. Les costó reagruparlos y encaminarlos hacia el asilo del pajar, el sol porfiado en el horizonte, los cencerros de una vacada próxima monocordes como siempre. El Ninchi miró las ovejas con su hocico de hurón y echó en falta a una, a la hija de la parda. La desgracia se tatuó en la espesura de su tono y la alegría del vino se expatrió en un rosario de juramentos. Rebuscó en vano entre el revoltijo de balidos y al terminar expelió un uf de temple desmoronado, la franqueza acribillada por las postas de la incertidumbre, el bicho en el monte a la intemperie. Acabaron de encerrar al rebaño y subieron de nuevo por el cascajal de la colina, las sombras entregadas ya a una melodía de mochuelos, el acertijo de la existencia recóndito. Tres horas después tornaron de vacío. El patrón, encabronado con la noticia, gritó con una bronca que se escuchó más allá de la poza del río y las habladurías agigantaron el desliz. El Ninchi se amustió, la lengua seca como un esparto machacado, el futuro tiznado por el hollín de la congoja. Esa noche, acostado encima de la paja, bebió en demasía buscando la verdad entre los entresijos del vino y al chaval, cuando le dio las buenas noches, le impresionó el desespero de sus ojos turnios.

Esa oveja me va a traer un mal fario, y sus palabras sonaron a epitafio desconsolado, los ronquidos ensamblados con el barrunto del descrédito, la reputación quebrada a su entender por el costillar devorado que encontrarían al día siguiente.

El Ninchi nunca volvió a ser el mismo, el trato de súbito arisco, el afecto de antaño ahogado en su estómago encharcado de vino. Al poco, durante una mañana ocre de septiembre, el brazo empezó a quedarse dormido. Rezongó con un ay severo, aleccionado por la educación draconiana recibida de su abuelo. Tuvo que sentarse sobre el acomodo de un tocón liso y atiesó la cachava en la

reciedumbre de su mano derecha, las ovejas con un ramoneo de quietud en la abundancia del soto. Notó un hormigueo que reptaba por su codo hasta desembocar en el hombro y cómo un nervio feroz gobernada en desorden de sus aspavientos. Llamó al zagal con voz de coloso destronado, ven, echa un trago, el agua para las ranas, y aquella invitación jocosa sorprendió al chico por la deshora. El chisguete culebreó fino por las encías joviales y la gratitud se emparejó con un vistazo al pastor que observaba el líquido con ansias de becerro recién destetado. Luego el Ninchi le pidió que le ayudara a izar la bota y su esqueleto tremoló al beber con tiento de estandarte blandido por el cierzo. El gesto se le torció tras un gemido de bienaventuranza compungida y el arrojito de su vida se reflejó en la lividez sanguina de los labios. A la postre el Ninchi, a modo de despedida, hinchó el pecho de su cuerpo enjuto y expiró como había vivido, en silencio, a la vera de un quinteto de jaras que recogieron su aliento de vino.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid